

EL SEMANARIO CATOLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTIFICA Y LITERARIA,

consagrada á la

VIRGEN MARIA MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

Núm. 819

Alicante 21 de Agosto de 1886.

Año XVII.

COMENTARIO Á LA ENCICLICA

«IMMORTALE DEI.»

LIBERTADES MODERNAS.—IDEAS
Y ACCIÓN CATÓLICA.

(Continuacion.)

Desde la paz de Wesfalia, que dió á lo falso y á lo verdadero igual razon, hasta el tratado de Viena, que desconociendo seculares derechos determinó que la fuerza es la base de la paz europea, pasado há la Europa por una série de prepotencias y debilidades; así se agigantó el mal por su índole propia, por el poder de sus promovedores, por la inercia y flojedad de los que podían y debían impedirlo. Iba en medio de la gran tempestad la nave de la Iglesia, de verdaderos tesoros atestada, provista de nautas expertos y de combatientes fieles. El Papa, destinado por Dios, como

Vicario suyo, á regir su timon determinaba su movimiento y dirección, segun los eternos principios; por aumentar las perturbaciones muy frecuentemente surgía en los que dentro se hallaban disparidad de pensamientos y discordia de voluntades. A veces necesitaba el Vicario de Jesucristo hacer muy duros sacrificios de personas y cosas. Hizo lo que le sujerían la gloria de Dios y el bien mayor de la Iglesia; debió muchas veces seguir en la práctica aquella ley justísima, pero dolorosa, segun la que, para evitar males grandísimos, es necesario tolerar otros menores aunque sean muy grandes.

Los enemigos intestinos del orden, así como los adversarios de la prosperidad y de la grandeza de la Iglesia que la constriñeron á grandes sacrificios dañosos á su bien, fueron muy castigados por Dios. Vemos en su virtud, coronas, cetros y dinas-

tías seculares envueltas en la tempestad. Nécios los que poniendo en parangón la tiara con las coronas de los reyes, y el báculo pastoral de Pedro con los cetros de los emperadores, confiaba ver arruinado el altar al mismo tiempo que el trono; nécios también los príncipes que desconocedores de su propia esencial debilidad se jactaban soberbiamente de sostener la Iglesia con su fuerza propia, con el fin de hacerla condescender alguna vez con sus perniciosos deseos.

No es necesario, ni sería prudente aquí examinar todas las causas positivas y negativas del estado actual mísero de la sociedad. Baste decir que, no pudiendo haber efecto sin causa, lo propio en el orden físico que en el moral, tales causas deben existir y existieron, siendo conocidas. Mas en el estado deplorable en que nos hallamos, y en nuestra Italia especialmente, ¿qué nos marca el Pontífice? Alcanza perfectamente tal estado, no sólo relativo á los males hace poco indicados, sino también á la religión cristiana de la cual debe tener constantísima y suma solicitud. Bien ve y experimenta que la Eterna ciudad, venerada sede del vicario de Jesucristo, y por tanto capital del mundo católico, está bajo otra dominación hostil. No puede dar un paso fuera de los límites del Vaticano: no lo contienen vínculos de hierro; más si

vínculos de orden distinto, aunque no ménos eficaz que aquél. En realidad no existe un palmo de tierra que se pueda decir patrimonio de San Pedro. La revolución ha quitado la jurídica personalidad moral á todas las instituciones eclesiásticas. Se ha negado á la Iglesia el derecho de poseer. Las mesas episcopales se consideran propiedad del Estado. Propiedad del Estado son los templos religiosos y todos sus bienes. Se ha quitado á la Iglesia el ejercicio libre para enseñar á sus hijos las ciencias y las letras. No es reconocido el matrimonio sacramento como contrato matrimonial. El Estado quiere ser de hecho juez infalible de la oportunidad, de la bondad, de la verdad, de la doctrina enseñada en los colegios, en los liceos y en las universidades. Desenfrenada es la inmoralidad de la prensa; si bien es vigilada estudiosamente cuando se trata de ofensas á las leyes del Estado ó al soberano, en general goza de impunidad ilimitada por lo que hace á la religión y á Dios. Los sagrados levitas son llamados al servicio de las armas. Horrorizan las blasfemias contra Dios y los Santos; si la milésima parte de las injurias que se lanzan contra Dios y la Virgen Madre de Jesucristo, se lanzasen contra las personas de los reyes, surgirían arrestos, causas y condenaciones. Se quiere la Iglesia separada del Estado, lo

enal expresan con la fórmula conocida de la Iglesia libre en el Estado libre. En su virtud los gobiernos pueden hacer todas las leyes que les plazcan, como si la Iglesia no existiera de ningun modo. Se tiende á excluir la religión de la familia, de la cuna, del sepulcro, y á conseguir que desaparezca de la ciudad cuanto la manifiesta. De todas maneras, y casi en todos los lugares de las sociedades á la moderna se mueve guerra contra la religión.

En esta situación de las cosas, repetimos, desde las alturas del Vaticano, ¿qué palabras dirige León XIII á los católicos, que dependen de su voluntad?

¿Acaso excita él á sacudir los ce-
pos, y á vencer con la fuerza, la fuerza que la oprime? ¡No! Los Papas nunca excitan los católicos á la rebelión contra los poderes soberanos establecidos. La rebelion, en general, nunca salió bien, siendo empleada siempre en las causas injustas, y no en las justas de religión, por lo cual los católicos sinceros la ódian.

¿Acaso exhorta el Pontífice á los opresos de los varios países católicos á promover y esperar socorro de intervenciones extranjeras? ¡No! Es verdad que la intervencion entre los individuos, en las familias y en los Estados, encaminada á la salud fraternal y al bien de la religión, es ley de naturaleza, y un deber inaliena-

ble de la caridad, que á todos los hombres vincula. Es verdad tambien que, hablando propiamente, los católicos de cualquier país, por remoto que sea, nunca se pueden llamar extranjeros por lo que hace al Papa, padre universal de todos los creyentes, como es Roma pontificia la capital de todo el mundo católico. El Papa no es ménos Padre de los pueblos católicos del Canadá que de la Francia ó de la misma Italia. Empero las intervenciones se hallan hoy proscritas, aunque se quieran hacer con fin justo, religioso y honesto, bien que no lo están si se hacen por puros intereses materiales, para conservar un equilibrio de fuerzas en las diferentes Potencias, ó para que prevalezca en todas partes la victoria de los principios anticristianos, la separación de la Iglesia de los Estados y su opresión. Además, recórranse con una mirada todas las naciones de la tierra, y no se hallará un punto sólo del que pueda partir una intervencion que prometa libertad sincera á los pueblos, cuyas conciencias gimen bajo la opresión religiosa, ó bajo el dominio de usurpadores. Fuera de que por cualquiera intervencion no serían destruidos los principios masónicos, y, como se suele decir, no se cambiarían las ideas dominantes, tornando estas peor que anteriormente á ser causa de males. Dios, á quien están sometidos los corazones y las mentes de

los hombres, puede muy bien hacer que lleve á buen éxito lo que parece ordenado á fin opuesto; mas esto se halla fuera de la prudente humana expectacion: no exhorta el Pontífice á los católicos de los diversos Estados para que provoquen ó esperen intervenciones.

¿Acaso Leon XIII nos dice que sigamos con las manos en la cintura, sin hacer nada, exhortándonos sólo á orar, hasta que la obra esta nefanda de la revolucion se derrumbe ó se disuelva por sí? De ningun modo. Es cierto que los Estados corruptos ó echados á perder, si á sí propios se les deja empeorarán cada vez más; pero vano es aguardar en ellos una espontánea mutacion en bien; no ofrece la historia ejemplos de ella. De los individuos y de las sociedades se debe repetir el sublime concepto de Manzoni, cuando comparó la caída del hombre en el pecado á la caída de un peñon desde la cumbre de alto monte;—*né per mutar di secoli —sa che riveggia il sole—deila sua cima antica — se una virtude amica— in alto nol trarrá.* Esta virtud amiga es la gracia de Dios, siempre unida con el apostolado de Jesucristo y de su Iglesia. Sin esta el género humano está perdido. Ninguna nación viene nunca por sí sólo *ad bonam frugem*; esperar que los Estados, yendo á lo profundo del mal, tornen por sí mismos *in bonam frugem*, no sólo es vana ilusión, sino

locura. En su virtud á esta de ningun modo nos exhorta el Pontífice.

Sabiamente propone ante todo una doctrina en virtud de la cual libra él á los católicos de la calumnia que condénales *á priori* como enemigos de cuanto sabe á progreso sincero. En su virtud les dá ciertas normas á fin de que ajusten á ellas sus propias *ideas* y su propia *acción* en las sociedades á la moderna, donde la Iglesia es con ellas angustiada.

Hé aquí de qué modo propone la mencionada doctrina:

»Ciertamente consta por los monumentos de la historia, que á la Iglesia Católica se ha debido en todos tiempos, ya sea la invencion, ya el comienzo, ya, en fin, la conservacion de todas aquellas cosas ó instituciones que puedan contribuir al bienestar comun; las ordenadas á coartar la tiranía de los príncipes que gobiernan mal á los pueblos; las que impiden que el supremo poder del Estado invada, indebidamente, el Municipio ó la familia, y, en fin, las dirigidas á conservar la honra, la vida y la igualdad de derechos en los ciudadanos. Por lo tanto, consecuente siempre consigo misma, si por una parte rechaza la demasiada libertad, que lleva á los particulares y á los pueblos al desenfreno y á la servidumbre, por otra abraza con mucho gusto los adelantos que trae consigo el tiempo, cuando de veras promueven el bienestar de esta vida,

que es como una carrera que conduce á la otra perdurable. Es, por consiguiente, calumnia vana y sin sentido lo que dicen algunos sobre que la Iglesia mira con malos ojos el régimen moderno de los Estados, rechazando, sin discreción, todo cuanto ha producido el ingenio en estos tiempos. Rechaza, sin duda alguna, las locuras de las opiniones, desaprueba el inicuo afán de sediciones, y, en especial, aquel estado del espíritu, en el cual ya se ve el principio del voluntario apartamiento de Dios; pero como todo lo que es verdad es necesario que provenga de Dios, toda verdad que se alcanza por indagación del entendimiento, la Iglesia la reconoce como destello de la mente divina; y no habiendo ninguna verdad del orden natural que se oponga á la fé de las enseñanzas reveladas, antes siendo muchas las que comprueba esta misma fé, y pudiendo, además, cualquier descubrimiento de la verdad llevar, ya á conocer, y á glorificar á Dios, de aquí resulta que, cualquiera cosa que pueda contribuir á ensanchar el dominio de las ciencias, lo verá la Iglesia con agrado y alegría, fomentando y adelantando, según su costumbre, todos aquellos estudios que tratan del conocimiento de la Naturaleza. Acerca de los cuales estudios, si el entendimiento alcanza algo nuevo, la Iglesia no lo rechaza, como tampoco lo que se inventa para el

decoro y comodidad de la vida; antes bien, enemiga del ócio y de la pereza, desea en gran manera que los ingenios de los hombres, con el ejercicio y el cultivo, den frutos abundantes; estimula á toda clase de artes y trabajos, y, dirigiendo con la eficacia de su virtud todas estas cosas á la honestidad y salvación del hombre, se esfuerza en impedir que la inteligencia é industria de éste le aparten de Dios y de los bienes eternos.»

Ante tal declaración hecha por Leon XIII, autorizadísimo representante de toda la Iglesia Católica, declaración que confirma la historia y toda la tradición, cae la calumnia abyecta que se dirige contra el clero y contra los seculares sinceramente católicos. Estos en todas las ciencias, y aún en las artes, lograron el primado en las sociedades cultas. Sin embargo se sigue manchando con cieno su memoria, despreciándoseles como abyectas ruinas de la Edad Media. Verdad es que los excesos en que caen los modernos sofistas dejan abiertamente traslucir que mucho más dañados están sus corazones que sus mentes. Sin embargo deplorarse debe mucho la simplicidad de muchísimos católicos, los cuales se dejan engañar por las vanas habladurías de los aludidos, y, dándoles valor, creen que la Iglesia debe ceder á no pocas de las irracionales pretenciones del siglo moderno. ¡Ay si lo hiciese!

Además el Papa Leon dá la norma *de las ideas* que deben informar la mente de los católicos. «Y por lo que toca á las opiniones, es de toda necesidad estar firmemente penetrados y declararlo en público siempre que la ocasion lo pidiese, todo cuanto los Romanos Pontífices han enseñado ó enseñaren en adelante, y, particularmente, acerca de esas que llaman libertades, inventadas en estos últimos tiempos, conviene que cada cual se atenga al juicio de la Sede Apostólica, sintiendo lo que ella siente. Téngase cuidado de que á nadie engañe su honesta apariencia; piénsese cuáles fueron sus principios y cuáles las intenciones con que suelen sostenerse y fomentarse. Bastante ha enseñado la experiencia á qué resultados conducen en el gobierno del Estado, habiendo engendrado en todas partes tales efectos, que justamente han traído al desengaño y arrepentimiento á los hombres verdaderamente honrados y prudentes. Sin duda ninguna, si se compara esta clase de Estado moderno de que hablamos, con otro Estado ya real, ya imaginario, donde se persiga tiránica y desvergonzadamente el nombre cristiano, podrá parecer aquél más tolerable; mas los principios en que estriba, son, como antes dijimos, tales que nadie los puede aprobar.» Leon XIII en un sólo principio compendia la norma que debe informar la mente de un

católico. La enseñanza de los Romanos Pontífices debe ser tal norma, y, en nuestros dias, sobre todo en lo relativo á *las modernas libertades*.

(Se continuará.)

REFLEXIONES FILOSÓFICAS

SOBRE LA MUERTE.

por

D. JOSÉ CUADRADO VARÓ, PBRO.

(Conclusion.)

La muerte. ¿Quién es, oh muerte, ese enemigo infeliz á quien siempre persigues, y contra quien siempre vas armada con tu guadaña esterminadora? La vida, esa tela de araña, flexible y sutil, que apenas puede resistir el peso del insecto que la fabrica; esa planta delicada, que nace hoy y mañana no existe ya; esa flor del campo, que se marchita con solo mirarla, esa ligera paja de heno, que se inflama con la menor chispa, ese correo de posta, esa nave veloz, esa águila que rápida vuela, como dice Job, esa mebla que el sol deshace, como enseña el Libro de la sabiduría, ese humo que el viento disipa, segun el Apóstol Santiago, esa caña fragil, que se dobla al menor impulso del aire; ese barquichuelo sin timon ni remos, que está zozobrando entre Scila y Caribdis; ese soplo débil é instantáneo que apenas tiene existencia, ese indivisible átomo, que se confunde con la nada; ese sueño, esa ilusión, ese fantasma, ese sonido,

esa sombra engañosa de otra sombra, que jamás se deja tocar. Vé aquí, oh muerte, tu enemigo: vé aquí tu contrario. ¿Y es este el rival á quien buscas, á quien acechas, á quien armas lazos, á quien sorprendes y matas siempre con traición y alevosía? ¿Dónde está, pues, oh muerte, tu estímulo? ¿Dónde está tu victoria? Él indefenso y tu armada; él dormido y tu en vela; él solo y tu con escolta; él débil y tu robusto; él en el campo, tu en el muro; él por el frente, tu por la espalda; él noble, tu alevosa; él sencillo, tu astuta, generoso él, traidora y vengativa tu: ¿Dónde está, pues, cobarde muerte, tu victoria? ¿Dónde está tu triunfo?

La muerte. ¡Infeliz de mí! ¿Dónde estoy? ¿Qué es lo que sucede? ¿Dónde está mi opulencia, mi grandeza mi poder, mi soberanía? ¿Dónde está mi opinión, mi nombre, mi fama, mi heroísmo? ¿Dónde está mi valor? ¿Dónde mi intrepidez? ¿Dónde mis conquistas, mi ciencia, mis escritos, mis planes? ¿Dónde está mi salud robusta? ¿Dónde el vigor y soltura de mis miembros? ¿Dónde están mis vasallos, mis criados, mis amigos, mis deudos, mis hijos, mi esposa idolatrada? ¡Ay! todo lo he perdido de un golpe. La muerte me tiene asido de los cabellos, y su guadaña va á dividir mi cabeza. ¿Qué haces, oro, que no me libras de la muerte? Distinciones, honores, grados, títulos, timbres, dignidades, deidades únicas, á quien incensé siempre ¿qué hacéis? ¿Qué hacéis ministros de mi antiguo poder, ejecutores de mi autoridad, siervos de mi arbitrio, que no correis á defenderme de este enemigo? ¡Oh esposa,

oh hijo mío, prendas amadas de mi corazón, sacadme de los brazos de la parca. Yo perezco sin vuestra ayuda. Me han desamparado todos y nadie, nadie se ofrece á socorrerme. Hacedlo vosotros, oh pedazos de mi alma, detened el brazo pesado que me abrumba y libradme del golpe fatal. Lloráis, infelices, y permanecéis inmóviles? Lágrimas y sollozos es todo el auxilio que me dais? Socorro inútil. Vuestras lágrimas de nada me sirven. La cruel muerte se deleita con ellas, y se complace en verlas correr con abundancia. ¡Triste de mí! ¿Dónde vais? ¿Dónde os conducen? Hijo mío, hijo mío, ¿así abandonas á tu padre desdichado? ¿Esposa, ay me dejas? ¿Me dejas? ¿Me abandonas, amigo mío? ¿Te separas? ¡Oh Dios! Huyeron, huyeron. Todo ha huido de mí, todo me falta. «Solum mihi superest sepulchrum.» Solo me queda un sepulcro, una mortaja.

III.

La muerte. Afana, avaro, afana en amontonar ese metal deslumbrador, á quien has hecho tu ídolo y tu Dios. Pon en él tu alma, y no pienses en otra cosa. Come y bebe, gloton, como si hubieras nacido para comer. Regala y llena con mil manjares tu vientre insaciable. Y tú, ambicioso, corre sin cesar en pos de las grandezas humanas. No descanses un punto hasta llegar á la cumbre. Sigue el camino que te enseña la intriga, la impostura, la calumnia, la adulacion. Vuela sobre las rápidas alas del crimen. ¡Insensato! La muerte es mas veloz que tú. Por mucha prisa que te des, yo sé que te ha de alcanzar al principio

del vuelo. Entre sus carcomidos brazos perecerá tu ambición, tu avaricia y tu gula. Todo te lo robará; y veréis entonces, que sólo has trabajado para ella y para los gusanos. Estos reclamarán su herencia entonces, y la muerte se la entregará al momento; porque escrito está: «Cum morietur homo, haereditabit vermes.» Cuando morirá el hombre, serán sus herederos los gusanos.

Conquistador soberbio, guerrero audaz, lanza tus formidables legiones sobre la haz de la tierra, sujeta provincias, avasalla pueblos, sojuzga naciones, haz temblar el universo todo con el peso de tus armas y con el ruido de tus victorias ¿qué te queda de llantos, triunfos y laureles? Una mortaja, un sepulcro, gusanos. ¿Quieres convencerte? Consulta la suerte de esos espíritus arrogantes que se entretuvieron en conquistar las grandezas de la tierra. ¿Qué parte les quedó al terminar su carrera? Espíritus ambiciosos, guerreros insignes, capitanes intrépidos, grandes reyes, poderosos emperadores; guardad por un momento silencio, detened la marcha de vuestras legiones, suspended el ruido de vuestras armas, no atronéis el espacio con el continuo choque de vuestras armas y escudos, y oid, oid ese pregón que resuena en la Asia. El gran Saladino, soberbio vencedor de la Asia y monarca de todo el Oriente, no lleva á su tumba por fruto de sus victorias y conquistas, más que una mortaja, que encubre el estiércol de su cuerpo, y aun la fortuna no le deja este retazo de lienzo, sinó para entregarle á los gusanos.

Reyes poderosos, ¿qué respondeis á estos discursos? Mucho me recelo,

que el rubor, la confusión y la sorpresa os embarguen las palabras, y que el objeto sensible de vuestras propias desdichas os cause lástima, arrancándoos del pecho mil suspiros. El más grande monarca de la tierra queda de repente tan pequeño, que ya no se encuentra, ni aun entre sus miserias, porque el viento comienza ya á disipar el polvo de que estaba formado. El rey más poderoso del mundo está reducido á tal punto de debilidad, que no puede hacer resistencia á los gusanos, despues de haber vencido y subyugado naciones enteras. El más rico príncipe del Oriente hace alarde con todos sus tesoros de llevar al sepulcro una sola mortaja. ¿Qué respuesta daréis á estas verdades, Reyes poderosos?

Ese famoso Saladino, el espanto de los hombres, el valor de la tierra, la maravilla del universo, se reputa por tan dichoso y privilegiado de la fortuna, por haberle dejado un viejo harapo con que cubrir sus mortales restos, que hace publicar este favor á son de trompeta en medio de su ejército, para que ninguno pueda ponerlo en duda. ¿Cuáles, pues pueden ser vuestras pretensiones? Sentáos en buen hora como Gerges sobre un trono cubierto de un cielo relumbrante en pedrería, y que á cualquiera parte que voltais vuestras miradas amenazadoras, no veais sinó objetos humillados delante de vuestras Reales Majestades: ¡infelices! vosotros no os sentais jamás sobre esos tronos de magnificencia sinó para despediros de la asamblea, continuando siempre en decir vuestros últimos adios, como un hombre que está á punto de partir

á toda hora, pues, muere á todos momentos. De suerte que toda esa pompa que os acompaña, y que forma la sombra del esplendor de que estais rodeados, se desvanece con vosotros, y todos cuantos son sus admiradores é idólatras corren la misma suerte, siendo como son de la misma naturaleza.

Convengo en que el ruido de vuestra gloria no sufra vacío, así como el aire, y que vuestro nombre sea tan conocido como el sol, y más formidable que el rayo. El ruido de esa nombradía es un sonido de campana que resuena con el eco de su perdición, para advertirla á todos los que dudan de ella; y ese nombre tan famoso y tan terrible, no hallando memoria acá abajo á cubierto de los voraces siglos, se sepulta al fin á sí mismo en la nada de su origen.

Convengo así mismo en que todo el oro de las Indias no forme sinó una parte de vuestras riquezas, y que todos los hombres juntos posean menos tesoros que vosotros solos; ¿que os quedará cuando la muerte os sorprenda? ¿Qué ventaja llevareis en aquella hora al mas miserable del mundo? A él y á vosotros os quedará una mortaja.

Hombres ricos ¡qué miserables sois, si los bienes de la tierra son vuestros únicos tesoros! Hombres ricos, ¡qué mal aventurados sois, si vuestras felicidades no son sino de oro y de plata! Hombres ricos ¡qué lástima causais en medio de vuestras grandezas, sino teneis otros títulos que los de vuestros señoríos! Hombres ricos ¡qué espantosos son aun vuestros solos nombres á la hora de la muerte, cuando la miseria

en que nacisteis es la única que os acompaña á la tumba!

Grandes reyes, sino teneis otras minas de oro mas preciosas que las de las Indias, tan pobres morireis como nacisteis, y si las lágrimas fueron los primeros testigos de vuestra miseria, los suspiros serán los últimos de vuestra pobreza, llevando al sepulcro el pesar de haber poseido todas las cosas, y hallaros en estado de no gozar de nada.

Grandes reyes, sino teneis otros tesoros que la renta de vuestros dominios, todos son bienes falsos, y el pesar de su privacion es verdadero. Lo dudais todavía? Consultad el mundo oráculo de las cenizas de vuestros antepasados, y la verdad os responderá por ellos, que nada tuvieron mas propio que la miseria, nada mas sensible que las desdichas, y que con todas las riquezas que disfrutaron durante la vida, no pudieron comprar á la hora de la muerte, sino el sudario en que fueron envueltos.

Aquel hará vanidad en tener diez mil fanegas de tierra de arboleda, cuyo producto sirve de alimento á sus pasiones y de entretenimiento á sus placeres: pero no considera que esos árboles solo están cargados de la fruta de sus miserias, y que de todos juntos solo le restará una rama que bien presto servirá de féretro á su cadáver.

Este será rico en praderías, y trocando el heno en oro, que no es mas que tierra, de ello llenará sus cofres. Pero loco no piensa que su vida es un prado, que su cuerpo es el heno y el tiempo el segador, el cual á ejemplo suyo hace tráfico público de la misma mercancía, con-

virtiéndolo poco á poco el heno de su cuerpo en tierra.

Otro será rico en casas ya sean de campo, ya en la ciudad, y haciendo ostentación del número, no menos que de la magnificencia de sus palacios, creerá que ellos son otros tantos asilos al abrigo de los golpes de la fortuna y de los rayos del cielo. ¡Qué locura reputarse dichoso por tener sobre la tierra diversas cabañas, donde ponerse á cubierto de la lluvia y del viento, durante la corta jornada de la vida! La lluvia cesa, el viento se pasa, la vida muere, y la borrasca de mil eternos pesares viene á sorprenderle sin poder descubrir aun en sola esperanza un puerto de salud.

JOSÉ CUADRADO, PRESBITERO

(*Se continuará*)

COSAS DE FELIPE II.

II.

Sorpresa causará á los indoctos hallar entre las anécdotas que he referido y voy á referir, algunas popularísimas y que andan tiempo há en almanaques y periódicos. Muchos no creerán que el autor de ciertas agudezas fuera el tenebroso Felipe II; pero ello es así, y las cosas deben tomarse como son.

En una corrida de toros que salieron muy mansos, se hundió un tablado y estropeó á un caballero, el cual fué de la plaza. «Ese se va, dijo el

Rey, porque los toros son mansos y los tablados bravos.»

El consejo de Cámara apretó á Su Majestad en consultar diversas veces en buen lugar á una dignidad de una de las mayores iglesias de España, y no la proveía. Molestado el Rey con acuerdos, dijo últimamente: «Si le hacemos Obispo, ¿cuál de sus dos hijos heredará el Obispado? Conque de allí adelante no se lo trajeron más á la memoria.

También para la pensión de un obispado le mandó al conde de Chinchón le propusiese beneméritos, y consultando uno entre otros á su parecer más digno, dijo el Rey: «Avisadme qué se ha hecho un hijo que tuvo siendo colegial en Salamanca.»

Por su modestia, el año de 1580 promulgó la pragmática tan celebrada acerca de las cortesías, por haber en esto gran corrupción y desorden notable, dando formas de escribirse unos á otros llana, sencilla y cristianamente.

Viendo algunos caballeros y consejeros que mucha gente común se nombraban *Don* Fulano y *Doña* Fulana, pidieron al Rey que con pragmáticas y penas graves les impidiera usar el *Don*. A lo cual contestó

Felipe «Más vale dejarlo, y que cada uno tome de la vanidad lo que quiere.»

—
Dos catedráticos fueron á hablar á Su Majestad de parte de la Universidad de Salamanca, y estuvo el uno informándole mucho tiempo y muy prolijamente, y le oyó con singular modestia y paciencia; y habiendo acabado su larga oracion, dijo el Rey al otro: «¿Teneis vos qué decir en este negocio?» Respondió el otro: Que haga Vuestra Majestad lo que pide mi compañero; donde no, haré que informe segunda vez á Vuestra Majestad.» Calló el Rey y celebró la agudeza, mirando alegremente al que la dijo.

—
Decia que la vida del rey era semejante al oficio del tejedor, cuyo trabajo y cuidado excede á todos los oficios y artes, pues pide á todo el hombre piés, manos y ojos, sin apartarlos de la tela y de cada hilo, y si se rompe uno no pasa adelante hasta soldarle.

—
Pidiéndole facultad un clérigo para que heredase una hija suya setecientos ducados de renta suyos, dijo: «Bastan ciento para hija de clérigo»

—
Buscando un grande artífice para las obras de San Lorenzo el Real, dijo á Su Majestad un republicano

que él tenia un hijo, único en aquella facultad, pero que estaba huido por una resistencia á la justicia. A pesar de que el rey necesitaba mucho aquel artífice, volvió el rostro muy severo y dijo: «Guardad vuestro hijo no os lo ahorquen.»

—
Estaba tan enterado de los negocios que firmando la nómina de pagamento de los consejeros, la examinó y la devolvió, diciendo que un cirujano de la casa de Castilla habia muerto ántes del tercio.

—
Tuvo la virtud de la justicia muy en su punto, porque no hubo jamás rey alguno con quien los pobres tuvieran mayor accion contra los poderosos para pedir sus agravios. Jamás quiso que se perdonase delincuente pordineros ofrecidos en gran cantidad, diciendo se habian hecho las penas para los ricos, así como para los pobres, y que no habian de ser los tribunales como las telas de las arañas, que detienen la mosca y dejan pasar el lagarto, y así fué en él hacer justicia libre é igual, que no temieron los inocentes y estuvieron siempre temerosos los culpables.

—
Trayendo pleito D. Francisco de Palafox, señor de Ariza, con Su Majestad, renunció su pretension y causa en manos del rey para que hiciese en ella lo que más fuese servido.

Lo cual, visto por el prudente monarca, nombró dos jueces para que le desengañasen si con buena conciencia podia renunciar al pleito. Estos fueron D. Rodrigo Zapata y D. Rodrigo Vazquez, y resolvieron que su majestad no tenia justicia. El rey se allanó, y envió á decir á D. Francisco que de allí adelante se serviria de él como de tan fiel vasallo y leal caballero.

Honró é hizo grandes mercedes á los grandes artífices de su tiempo; de manera que si algun bien hay en España en esto, fué por su causa. Testigos son de esta verdad Juan Bautista de Toledo, Juan de Herrera, Francisco de Mora, Juan Fernandez Navarrete y otros.

Cuando la necesidad le hacia negar alguna cosa, aseguraba al poderoso de su buena voluntad mandando ofrecerle otra, para que conociese hacia caso de él y deseaba hacerle merced, con lo que se contentaba á veces tanto el que pretendia, como si le diera lo que le habia pedido, y antes hacia mercedes á la sangre vertida que á la heredada.

Estando en el bosque de Segovia despachando un correo una tarde para Flandes, se detuvo despues de haber enviado al campo á que lo esperase la reina, y en esta sazón riñeron los dos cocheros que le servian,

y el uno dió una cuchillada al otro y lo vió el rey desde su ventana. Llegando al coche, miró al delincuente y dijo á D. Diego de Córdoba cómo no lo habia prendido. Respondió que porque no habia quien llevase el coche sino él. Replicó Su Majestad: «Metedle en prision y dadme un caballo,» y así se hizo, poniendo el rey su comodidad al derecho de la justicia.

El Conde de Chinchon, D. Diego Fernandez de Cabrera y Bobadilla, de su Consejo de Estado y de los más favorecidos que tuvo cerca de su persona, replicóle un dia le concediera, para casar á su hija, una de las mayordomias de la Real Casa, pues con esta condición tendria marido. Su Majestad respondió: «Los oficios de mi casa y de mi reino no se instituyeron para darlos en casamiento. Cásese, que si lo mereciese, tendré cuidado de honrarle.»

Viendo en su Alcázar de Segovia que el busto del Rey D. Pedro tenia escrito *El cruel*, mandó quitarlo y poner *El Justiciero*.

Alonso Sanchez de Segura, ciudadano de Toledo, favorecedor del comun, se oponia contra los corregidores y acudia con querellas justas al Rey: habiéndole vejado por esto, ordenó Su Majestad que nadie le molestase, y tomó tanto gusto

en oírle y atenderle, que una vez que tardó ocho meses en venir, le dijo. «¿Pues cómo no habeis venido por acá? ¿Cuál ha sido la causa?»

Dió en el Palacio de Madrid una puñalada un criado de una dama á un mozo de oficio, y llevándole preso el alcalde Salazar, dió voces hácia el terrero pidiendo favor á su ama, que lo advirtió, y pidió á un caballero con quien se correspondía, que hiciese como no fuese á la cárcel, el cual hizo cuanto pudo con el alcalde, y á su instancia y de otros caballeros soltó al preso y refirió al rey el hecho. Mesuróse Su Majestad, y le dijo: «Vos anduvisteis bien, porque el galán no pudo hacer menos con su dama;» y luego mandó á la camarera mayor castigase á la dama para enseñar á poner en riesgo á los caballeros por cosa en que podia haber otro medio para remediarla.

Sabia Su Majestad los nombres de los pretendientes y sus calidades, como si los conociera y hubiera tratado toda su vida, segun se vió en muchas consultas, y aún en las elecciones para jueces y otros oficios temporales. Tenía gran noticia de todas las ciudades de España y de toda su monarquía, y de todos los puertos y sus entradas y salidas,

como si en todas hubiera estado muy de asiento.

Fué tanta su modestia que no tenía ni quiso tener cronista: y así Ambrosio de Morales fué cronista del Reino y no del Rey.

Habiendo muerto el Cardenal Espinosa, presidente de Castilla, mandó al doctor Francisco Fernandez de Liévana dijese lo que entendia de las personas que serian más propósito para ocupar lo que dejaba el Cardenal, y Liévana le propuso en un papel cuatro personas, poniendo en cuarto lugar á D. Diego Covarrubias, que era el de más mérito. Su Majestad vió el papel, discutió los merecimientos de los cuatro pretendientes, y escogió el último.

Por ser tan amigo de lo justo y verdadero, aborreció en sumo grado la mentira; y fué esto en tanta manera, que una gracia ganada con Su Majestad por largos años se perdió por una mentira.

Consultáronle muchas veces á una persona grave para una dignidad, y nunca la proveía, aunque se la pusieron en primer lugar; y viendo esto, propusieron á la dicha persona sola en la última consulta, para que la acabase de proveer, y dijeron en ella á Su Majestad que era persona de mucha prudencia. El Rey es-

cribió á la márgen: «Propóngase otro, que ya tengo noticia de su prudencia.» Y era el caso que el susodicho estaba amancebado con una dama llamada doña Prudencia.

ADOLFO LLANO.

(*Se continuará*).

TRISTE PRESENTE Y MÁS TRISTE PORVENIR

Los franceses emplean su abilidad y su ingenio, no en combatir ni siquiera en ocultar el vicio que como lepra corroe aquella sociedad perdida, del cual hacen más bien ostentacion y gala, sino en dar nombres á los principales instrumentos de corrupcion, que les hagan menos repulsivos; nombres que con frecuencia varian.

Al tipo social que no há mucho designaban con los epítetos de la *mujer galante* y de la *vengadora*, hoy le llaman la *fille*. Si á esta palabra añadiesen las de *joie*, le darian su nombre verdadero, pero las últimas las suprimen.

Ese tipo predomina, se sobrepone, impera, da el tono á aquella menguada sociedad; pero, ¿por qué lo da? Porque esa sociedad ha descendido á la más degradante corrupcion.

Si en las mujeres no hay pudor, es porque los hombres han relajado todo vínculo moral, y roto todo res-

peto al pudor; y sabido es que las mujeres suelen ser lo que los hombres las enseñan ó las obligan á ser.

Los autores dramáticos franceses, que llevan ahora ese tipo á la escena, han sido consultados, segun se dice, acerca de él, y explican su preponderancia de una manera no satisfactoria.

Achacan la culpa á las señoras que han dado en imitar á las malas mujeres.

Dumas dice que las *filles* se han mezclado con las señoras *declassées*.

Sardou, que «las señoras que antes abandonaban en masa é instantáneamente la tribuna de Longchamps cuando se presentaba en ella una mujer sospechosa, buscan hoy ocasiones de ir donde van las *filles*. Hasta se citan nombres de algunas damas que tienen á orgullo presentarse en público con las joyas que poco antes lucia una *fille*. La *fille* se hace mujer del gran mundo, y la mujer del gran mundo adopta el lenguaje y los modales de la *fille*.»

Todo esto será un síntoma, será un resultado de la corrupcion, pero no es su causa.

La causa tiene raices más profundas en la profunda inmoralidad y en el profundo descreimiento de los hombres.

La *fille* impera, reúne millones, disfruta la confianza de los hombres

políticos y los hombres de negocios, á quienes se asocia, y realiza grandes fortunas; sus trenes son admirados, las riquezas de su hotel extasían; se tienen sus modales y ademanes por respetables y dignos; casa su hija en la buena sociedad y no tiene más que presentarse para ser recibida y adulada.

Todo esto se escribe y todo esto sucede; pero ¿por qué sucede?

Alfonso Daudet ha dicho: «La mujer de ese género ha existido siempre. Es un tipo humano más bien que un problema social. El problema está en su preponderancia...»

.....
.....
La influencia de la *fille* no se establece más que donde encuentra preparado el terreno. Nunca dominará á un hombre inteligente. Siempre los imbéciles será su presa.»

De lo que se sigue que la sociedad es hoy presa de imbéciles,—de impíos diría yo,—y los imbéciles son á su vez presa de las *filles*. Ahí está todo.

Añádase á esto, que el *Figaro* defendiendo la bigamia, no se sabe si en serio ó satirizando los vicios de sus compatriotas; pero ello es que la defiende pretendiendo argumentar, apoyándose nada menos que en la Biblia.

Yo bien sé que el vicio y la inmoralidad son antiguos y no han nacido hoy.

(Se continuará)

VARIEDADES

ZOOLOGIA COMPARADA.

Tanto ingerto en abogado
adulador sonriente,
que saltó desde escribiente
á Jefe de negociado:
Limpia botas ilustrado
del Ministro tal ó cual,
que Director general
le nombra en un dos por tres:
Lacayo humilde y cortés
que osa elevarse hasta el sol...:
¡Caracol!

Tribuno de la Igualdad;
orador, galano y rico
que encuentra para su pico
alpiste en la libertad;
Asombro de agilidad
y prodigio de garganta
que hasta cuando come canta:
Primo tenore absoluto;
que hace para propio fruto
del Congreso un escenario...
¡Canario!

Ministro de munición,
que se muestra á su placer
Calomarde en el poder
y Riego en la oposición:
Macalliste en la elección,
que sin que nadie lo vea,
los votos escamotea:
Verdugo de su país,
que cuando se ve en un trís
le llora amor hilo á hilo..
¡Cocodrillo!

Labrador acaudalado
adicto á la situación,
que acostándose *melón*
amanece *diputado*:

Alcornoque trasplantado
del pueblo á la capital;
mudo guarismo fatal,
que unido á la mayoría
no dice esta boca es mía
y al rebaño sigue ciego...
¡Borrego!

—
Veleta de Barrabás
que dá vueltas sin trabajo,
por arriba, por abajo,
por delante ó por detrás:
Que sin fijarse jamás,
cifra en el turrón su anhelo
y al poder tiende su vuelo:
Arlequin de cien colores
que por cintajos y honores
vende el corazón de estuco...
¡Cuco!

—
Vago de solemnidad
que al sol estira la pierna,
y después en la taberna
habla de moralidad:
Miembro de una sociedad
que en Rusia logró su fama,
y que afirma en su programa
que el que trabaja es un bobo,
y la propiedad es robo,
pués *todo* es para el *común*....
¡¡Atún!!

J. J. V.

CULTOS RELIGIOSOS.

Sábado.—En San Nicolás, á las siete y media, misa de renovacion, y á las ocho y media, la conventual.

En Santa Maria, á las ocho y media misa de renovacion. Por la tarde á las cuatro, continúa el solemne novenario de la Asuncion, con

Vísperas y completas; concluidas éstas, seguirá el Santo Rosario, Sermon, Novena, Salve y Gozos cantados, siendo orador en este dia don Antonio Ibañez, Canónigo de San Nicolas, y el Domingo, D. Antonio Sanchez, Cura de la Misericordia.

El dia 22 por la tarde, finalizada la Novena, será llevada en su féretro, procesionalmente, la Imágen de Nuestra Señora por la plazuela de la repetida Iglesia de Sta. María, cantándose los salmos de costumbre y una despedida.

Domingo.—En San Nicolás, á las ocho y media la conventual con sermón.

En Santa María, á las ocho y media tercia y misa conventual.

En las Capuchinas, á las nueve de la mañana, misa cantada en honor del Patriarca San Joaquín, Padre de la Sma. Virgen María, con sermón que predicará el Rdo. Padre escolapio D. José Guixot.

Jueves.—En las Capuchinas á las siete de la mañana, misa de renovacion y bendicion del Santísimo concluida la misa. Por la tarde el Santo Trisagio á las cuatro con manifiesto y reserva.

En las demás iglesias los oficios de costumbre.

ALICANTE.—1886.

Imprenta de Antonio Seva